

che, en estado de semivigilia, Vallejo le despertó enormemente excitado y le comentó que acababa de verse en París, muerto.<sup>16</sup> El segundo verso del soneto queda claro. El título del mismo «Piedra negra sobre una piedra blanca», responde, según Carlos del Río León, al contraste que descubre Vallejo, durante un paseo parisino, entre su abrigo, negro, y una piedra sobre la que se sentó, blanca, que le recuerda un sepulcro.<sup>17</sup>

Me moriré en París con aguacero,  
un día del cual tengo ya el recuerdo.  
Me moriré en París —y no me corro—  
talvez un jueves, como es hoy, de otoño.

Jueves será, porque hoy, jueves, que proso  
estos versos, los húmeros me he puesto  
a la mala y, jamás como hoy, me he vuelto,  
con todo mi camino, a verme solo.

César Vallejo ha muerto, le pegaban  
todos sin que él les haga nada;  
le daban con un palo y duro

también con una soga; son testigos  
los días jueves y los huesos húmeros,  
la soledad, la lluvia, los caminos...

Meses antes de su muerte, bajo el impacto de la Guerra Civil, esta serenidad se transformará en muerte ideológica. *EspAC* es un claro ejemplo. La muerte provocada por los milicianos más que muerte, es pasión: «¡Muerte y pasión de paz, las populares! / ¡Muerte y pasión guerreras entre olivos, entendámonos!»<sup>18</sup> escribe en clara alusión al huerto de los olivos, cercano el momento del gran sacrificio del miliciano, del hombre capaz de sacrificarse a sí mismo en un alarde sólo capaces de realizarlo el republicano español y los voluntarios del mundo que luchan por un universo de paz para todos.

Esta pasión es posible porque el miliciano: «se sacrifica, apártase, / decae para arriba y por su llama incombustible, / sube hasta los débiles, / distribuyendo españas a los toros, / toros a las palomas...»<sup>19</sup>

El miliciano «que muere de universo»,<sup>20</sup> conseguirá que sepan los «ignorantes»<sup>21</sup> y que ignoren los «sabios». <sup>22</sup> Gracias a su generosidad cósmica, a su amor universal y fecundo «serán dados los besos»<sup>23</sup> que no hubo tiempo para dar. En esta región vallejana del sueño y la utopía en la que se convierten sus últimos versos, «sólo la muerte morirá». <sup>24</sup>

<sup>16</sup> Antenor Orrego: «El sentido americano de la poesía de César Vallejo», Córdoba, Aula Vallejo, n.º 1-2-3, 1962, p. 47.

<sup>17</sup> Carlos del Río León: «El Benjamín», Lima, Caretas, 1936, pp. 24-25.

<sup>18</sup> *EspAC*, «Himno a los voluntarios de la República» (vv. 35-36).

<sup>19</sup> *Ibidem* (vv. 58-62).

<sup>20</sup> *Ibidem* (v. 63).

<sup>21</sup> *Ibidem* (v. 110).

<sup>22</sup> *Ibidem*.

<sup>23</sup> *Ibidem* (v. 111).

<sup>24</sup> *Ibidem* (v. 112).

Ellos son la vida luchando contra la muerte. La fusión vida/muerte, aquí ya alcanza caracteres ideológicos: «en España, en Madrid, están llamando / a matar, voluntarios de la vida!»<sup>25</sup> Frente a la vida, los representantes de la muerte:

[...] matan  
 al niño, a su juguete que se para,  
 a la madre Rosenda esplendorosa,  
 al viejo Adán que hablaba en voz alta a su caballo  
 y al perro que dormía en la escalera.  
 Matan al libro, tiran a sus verbos auxiliares,  
 a su indefensa página primera!  
 Matan el caso exacto de la estatua,  
 al sabio, a su bastón, a su colega,  
 al barbero de al lado —me cortó posiblemente,  
 pero buen hombre, y luego, infortunado—;  
 al mendigo que ayer cantaba enfrente,  
 a la enfermera que hoy pasó llorando,  
 al sacerdote a cuestras con la altura tenaz de sus rodillas...<sup>26</sup>

Los milicianos, la vida, no pueden estar movidos por el odio. Parten de un origen adánico a la búsqueda del paraíso en un proceso contrario al cristiano. Aquí no existe el pecado original. La vida no puede entregar más que vida. El hombre vallejiano carece de fronteras para el amor. Los milicianos deben matar para que sólo la vida gobierne en el mundo.

La antítesis vida/muerte encuentra en esta *muerte ideológica* su superación sintética:

• ¡Voluntarios,  
 por la vida, por los buenos, matad  
 a la muerte, matad a los malos!  
 ¡Hacedlo por la libertad de todos,  
 del explotado y del explotador,  
 por la paz indolora —la sospecho  
 cuando duermo al pie de mi frente  
 y más cuando circulo dando voces—  
 y hacedlo, voy diciendo,  
 por el analfabeto a quien escribo,  
 por el genio descalzo y su cordero,  
 por los camaradas caídos,  
 sus cenizas abrazadas al cadáver de un camino!<sup>27</sup>

De ahí, que al morir el miliciano, su muerte no sea más que transformación, como le ocurre a Pedro Rojas, en *EspAC*. El miliciano tiene más de una muerte pues su cuerpo es múltiple. Su cuerpo no muere puesto que está habitado por muchos más cuerpos y por el futuro: «Pedro y sus dos muertes».<sup>28</sup> La última estrofa de este poema muestra que, de hecho, no muere. Tras su muerte, de nuevo se levanta y resucita. Aquí ya no es el mito de Lázaro, tal como ocurriera en «Masa». En este caso es él mismo el resucita-

<sup>25</sup> *Ibidem* (vv. 144-145).

<sup>26</sup> *Ibidem* (vv. 146-159).

<sup>27</sup> *Ibidem* (vv. 160-172).

<sup>28</sup> *EspAC*, «Pedro Rojas» (v. 5).

do y el que resucita. Este proceso reflexivo de la muerte, conlleva el permanente flujo de la vida:

Pedro Rojas, así, después de muerto  
se levantó, besó su catafalco ensangrentado,  
lloró por España  
y volvió a escribir con el dedo en el aire:  
«¡Viban los compañeros! Pedro Rojas».  
Su cadáver estaba lleno de mundo.<sup>29</sup>

El miliciano, al ser la vida, puede convertirse en cultura, en libro. Así es como lo entiende Vallejo en «Pequeño responso a un héroe de la República». Del cadáver nace un libro como expresión de muerte distinta, de *muerte ideológica*. Pienso que esta metáfora vallejana explica bien claramente el salto cualitativo de la vida. De este tipo de muerte sólo puede nacer cultura, futuro. En medio de las batallas, de las pasiones, «un libro, atrás un libro, arriba un libro, retoñaba del cadáver»,<sup>30</sup> escribe Vallejo.

El libro siempre presente en *EspAC*, aquí se hace poesía:

Poesía del pómulo morado, entre el decirlo  
y el callarlo,  
poesía en la carta moral que acompañara  
a su corazón.  
Quedóse un libro y nada más, que no hay  
insectos en la tumba,  
y quedó al borde de su manga, el aire remojándose  
y haciéndome gaseoso, infinito.<sup>31</sup>

El libro, la «carta moral», la gran metáfora de la *muerte ideológica*, consigue que el cadáver continúe vivo, continúe sintiendo y palpitando. Cultura más allá de la muerte, venciendo al tiempo y a la tristeza. El propio sujeto poético se convierte en testigo de la transformación. Arrebatadamente, sin medida ni permiso previo, de una manera completamente inesperada, pero no por ello *contra natura*, del cadáver miliciano emerge la *muerte ideológica* y nace el libro:

Todos sudamos, el hombligo a cuestras,  
también sudaba de tristeza el muerto  
y un libro, yo lo vi sentidamente,  
un libro, atrás un libro, arriba un libro  
retoño del cadáver ex abrupto.<sup>32</sup>

Igualmente puede ser vida secreta, casi imperceptible. Vida de un instante:

Le dejaron y oyeron, y es entonces  
que el cadáver  
casi vivió en secreto, en un instante;  
mas le auscultaron mentalmente, ¡y fechas!<sup>33</sup>

<sup>29</sup> Ibidem (vv. 40-46).

<sup>30</sup> EspAC, «Pequeño responso por un héroe de la República». (v. 22).

<sup>31</sup> Ibidem (vv. 10-17).

<sup>32</sup> Ibidem (vv. 18-22).

<sup>33</sup> EspAC, «XI», (vv. 10-13).

La *muerte ideológica* puede tener las diversas formas que hasta aquí he comentado. Puede igualmente convertirse en vida por la petición de todos los hombres, tal como sucede en «Masa».

En «Cortejo tras la toma de Bilbao», el cadáver, sin embargo, estará herido y muerto, pero ello no va a impedir que sus sentidos continúen vivos. Podrá sentarse y dormir, si quiere, pues su muerte no es tal. Aun estando herido lo está de vida, no de muerte. Este miliciano que es «una criatura veraz, republicana»<sup>34</sup> tiene «edad flaca y anual»<sup>35</sup> y es «guerrero de ambos dolores».<sup>36</sup> Hasta el sudario con el que cubren su cuerpo tiene sábanas nuevas y «extrañas».<sup>37</sup> El cadáver a su paso ha dejado polvo, que al igual que el humo es símbolo de vitalidad y futuro, y a este polvo «los niños suben sin llorar»,<sup>38</sup> porque Ernesto Zúñiga, el milicano, no está muerto, sino que «duerme con la mano puesta, / con el concepto puesto»,<sup>39</sup> ya que tiene «en descanso [la] paz, en paz [la] guerra».<sup>40</sup> Su herida es pues una herida de paz:

Herido mortalmente de vida, camarada,  
 camarada jinete,  
 camarada caballo entre hombre y fiera,  
 tus huesecillos de alto y melancólico dibujo  
 forman pompa española, pompa  
 laureada de finísimos andrajos.

Siéntate, pues, Ernesto,  
 oye que están andando, aquí, en tu trono,  
 desde que tu tobillo tiene canas.  
 ¿Qué trono?  
 ¡Tu zapato derecho! ¡Tu zapato!<sup>41</sup>

Todo este mundo es posible, equilibrado, coherente. Es un mundo ideológico y real. Es el mundo del sueño que sólo es posible en *España*, donde «muchos días el viento cambia de aire»,<sup>42</sup> «de nivel el fusil republicano»<sup>43</sup> como dice en VII, ya que «varios días España está española»,<sup>44</sup> «el mundo está español hasta la muerte».<sup>45</sup> Esta vida, esta *muerte ideológica* hace que sean justamente las balas las que mueran. Hasta «el mal / moviliza sus órbitas, se abstiene / paraliza sus ojos»<sup>46</sup> ante la grandiosidad de lo que ve. Todo confluye en un «alma» que ya es «nuestra alma».

<sup>34</sup> EspAC, «Cortejeo tras la toma de Bilbao», (v. 2).

<sup>35</sup> Ibidem (v. 4).

<sup>36</sup> Ibidem (v. 6).

<sup>37</sup> Ibidem (v. 10).

<sup>38</sup> Ibidem (v. 14).

<sup>39</sup> Ibidem (vv. 15-16).

<sup>40</sup> Ibidem (v. 17).

<sup>41</sup> Ibidem (vv. 18-28).

<sup>42</sup> EspAC, «VII» (v. 2).

<sup>43</sup> Ibidem (v. 4).

<sup>44</sup> Ibidem (v. 5).

<sup>45</sup> Ibidem (v. 12).

<sup>46</sup> Ibidem (vv. 6-8).

Y como tal está viva:

Varios días ha muerto aquí el disparo  
y ha muerto el cuerpo en su papel de espíritu  
y el alma es ya nuestra alma, compañeros.<sup>47</sup>

Esta victoria contra la muerte y el tiempo no es nueva en la poesía vallejana de *EspAC*, ya se encontraba presente, aunque no con esta intensidad en *PH*. En «Gleba» al hablar de los campesinos le parecen hombres que cumplen años en los peligros.<sup>48</sup>

Estos hombres que «carecen de reloj»,<sup>49</sup> son frente a la muerte, los portadores de vida. Los constructores del futuro. En ellos Vallejo siente cómo palpita el renacer constante de la naturaleza y cómo por ellos el hombre se transforma auténticamente en *hombre*.

El tiempo vallejiano, al igual que la vida y la muerte, con los que se encuentra lógicamente engarzado, es múltiple y cambiante. A modo de resumen el siguiente cuadro nos relaciona los tres aspectos y creo que facilita su comprensión:

TIEMPO: VIDA Y MUERTE = TIEMPO VIVIDO		
HN	T	[PP], [PH]* y EspAC
De	ritmo El pasado como presente. El presente como pasado. El futuro como pasado.	disonante
CICLICO MULTIPLE Y SUPERPUESTO. * * * * *		CIRCULAR CIRCULAR Y ESPIRAL. * * * * *
MUERTE REAL Y METAFISICA		MUERTE IDEOLOGICA** = VIDA

Julio Vélez

\* Como queda dicho tanto [*Poemas en prosa: PP*] como [*PH*] no pueden considerarse libros definitivos y por eso sus características son tan imprecisas y generales. De hecho en estas dos colecciones de poemas se encuentran casi todas estas especificidades.

\*\* La *muerte ideológica* aparece claramente expresada en *EspAC*. En [*PP*] y [*PH*] tan sólo en muy contados poemas.

<sup>47</sup> Ibidem (vv. 13-15).

<sup>48</sup> [*PH*], «Gleba» (v. 31).

<sup>49</sup> Ibidem (v. 33).

